

Mariátegui, los 7 ensayos y el marxismo latinoamericano

MAURICIO VALIENTE OTS

Responsable del Área Ideológica del PCE



161

El texto que presentamos a continuación es el segundo de los que componen la obra clásica de José Carlos Mariátegui *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, publicada en 1928 por la editorial Minerva, que él mismo dirigía. En la advertencia preliminar a los *7 ensayos*, el que ya se había convertido en esa fecha en referente destacado del movimiento obrero en el país andino explicaba que se trataba de una recopilación de artículos publicados con anterioridad en las revistas *Mundial* y *Amauta*. Este último fue su principal proyecto editorial. Durante 2026 se celebrará el centenario de la aparición de su primer número. En *Amauta* se aglutinaron los más importantes intelectuales comprometidos con una transformación revolucionaria del país. Contó con un diseño de vanguardia y colaboraciones literarias de primer orden. *El problema del indio* es un texto escrito con una gran claridad y, aunque no tiene la profundidad teórica del siguiente ensayo, sobre el problema de la tierra, es fundamental para entender el planteamiento político de Mariátegui y cómo fue capaz de utilizar el marxismo para el análisis de la realidad peruana al tiempo que marcaba una línea inequívoca de intervención pública, de «orientación» al incipiente movimiento socialista. Pero, antes de comentar las principales aportaciones que, a mi juicio, contiene el ensayo, empezaré por presentar los datos básicos de la biografía de su autor.

José Carlos Mariátegui nació en Moquegua, una localidad costeña del sur del Perú, el 14 de junio de 1894, aunque él mismo diera diferentes fechas en distintos momentos de su vida. La temprana muerte de su padre fue la causa de numerosas estrecheces económicas de una familia que, si bien contaba con algunos recursos propios, necesitaba para sobrevivir la entrada garantizada de ingresos periódicos. Esta situación le obligó a trabajar desde una edad temprana y le cerró el paso a una formación reglada. A la anterior circunstancia hay



que añadir que arrastró un delicado estado de salud desde que sufrió un accidente en su infancia. En 1924, un recrudecimiento repentino de su dolencia estuvo a punto de provocarle la muerte. Perdió una pierna, lo que le obligó a desplazarse desde ese momento en silla de ruedas. Aunque no amargó su carácter alegre y sociable, este hecho le marcó y condicionó, en especial, cuando en la última etapa de su vida estableció su cuartel general en su vivienda del Jirón Washington, en el Cercado de Lima, donde hoy se encuentra el centro dedicado a su obra y memoria.¹

Para un primer acercamiento a su personalidad, nada mejor que darle voz a él mismo, en la nota de presentación que incluyó en una carta al editor argentino de origen moldavo Samuel Glusberg.² Con apenas catorce años comenzó su vinculación al mundo del periodismo. Trabajó como auxiliar («alcanzarrejonés») en un diario limeño. Su esfuerzo autodidacta y su capacidad de superación le permitieron ascender en el oficio y trabajar como redactor en periódicos como *La Prensa*, *El Tiempo* y *La Razón*. Este último, un diario que fundó con César Falcón, Humberto del Águila y otros colaboradores, mantuvo una clara orientación progresista. Los principales temas de su compromiso fueron la defensa de las luchas de los trabajadores y la aplicación de la reforma universitaria, que tanto marcó a su generación en Latinoamérica desde el «grito de Córdoba» (Argentina). Como destacó Mariátegui en la citada nota, desde 1918 se orientó hacia el socialismo «nauseado de la política criolla» que, por su labor de redactor parlamentario, había conocido desde dentro. Aunque para transitar del rechazo visceral de lo conocido a la propuesta política necesitó todo un periodo de estudio y contactos con otras realidades.

Entre 1919 y 1923, viajó por Europa tras aceptar la oferta que el dictador del momento, Augusto Leguía, que había accedido al poder ese mismo año por un golpe de Estado, formuló a un grupo de jóvenes radicales, con la intención de quitarse del medio a quienes consideraba en el futuro como seguros y peligrosos opositores a su Gobierno.³ Comenzó así un periplo internacional que

¹ Bazán, Armando: *Biografía de José Carlos Mariátegui*, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1939. Este libro es el relato de la vida del *amauta* (maestro en quechua), como se referían sus compañeros con admiración a Mariátegui, escrito por un amigo y colaborador cercano. Hay ediciones posteriores. Véase también De la Osa, Enrique: prólogo a *José Carlos Mariátegui: Obras*, Casa de las Américas, La Habana, 1982, t. I, pp. 7-67.

² Carta a Samuel Glusberg, Lima, 10 de enero de 1928. Archivo José Carlos Mariátegui. Fondo José Carlos Mariátegui. Sección Correspondencia. Serie Correspondencia Emitida.

³ Augusto Leguía fue un político contradictorio y original. Fue percibido en un primer momento como una alternativa al civilismo y los partidos oligárquicos que habían hegemonizado la escena pública peruana, aunque pronto se destapó su perfil, autoritario que impulsaba una modernización centralista muy pegada a su aliado norteamericano. Contreras, Carlos y Cueto, Marcos: *Historia del Perú contemporáneo. Desde las luchas por la independencia hasta el presente*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2013, pp. 240-262.

le llevó a Italia, «donde despose una mujer y algunas ideas», esto último en referencia, sin duda, a su seguimiento del intenso debate en el seno del movimiento socialista posterior a la Primera Guerra Mundial y a la conformación del Partido Comunista Italiano (PCI), del que fue testigo directo en su congreso fundacional de Livorno en 1921. El propio Mariátegui señaló que fueron sus compromisos familiares los que le impidieron viajar a la Rusia soviética, un lamento que evidencia el atractivo que ejercía en él la revolución que había estremecido al mundo, según la conocida expresión de John Reed. En la nota que vengo glosando destaco que su estancia en Europa no le hizo olvidarse de sus raíces peruanas, «concertándose» con algunos compatriotas para la acción revolucionaria. En sus artículos de esa época pueden seguirse «las estaciones de mi orientamiento socialista». A su vuelta al Perú, en 1923, inició su trabajo de investigación de «la realidad nacional, conforme al método marxista», que culminaría con la publicación de los 7 ensayos.

Desde ese año hasta su fallecimiento, el 16 de abril de 1930, a pesar de su salud precaria, su actividad fue incesante. Con la hostilidad permanente del régimen de Leguía, emprendió sus proyectos intelectuales. Fundó la editorial Minerva, donde en 1925 publicó su primer libro, *La escena contemporánea*, y puso en marcha *Amauta*, que dirigió personalmente. Ideó y empezó a trabajar en otras obras, como el libro *En defensa del marxismo*, que dejó inédito en el momento de su muerte. Pero Mariátegui no solo fue un teórico encerrado en su residencia del Jirón Washington. Su obra escrita no se puede entender sin su compromiso en la construcción de una alternativa revolucionaria para el Perú. Desempeñó un papel destacado en la organización de los trabajadores del periodismo, se implicó en las universidades de educación popular y contribuyó a la consolidación del incipiente movimiento sindical. Tras su polémica con Víctor Raúl Haya de la Torre, que impulsaba con un claro perfil «caudillista», según la crítica de Mariátegui, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA),⁴ fue el principal animador de la creación del Partido Socialista Peruano en 1928, que se adheriría bajo su dirección a la Internacional Comunista (IC) y que, en 1930, poco después de su muerte, cambiaría de nombre por el de Partido Comunista Peruano (PCP). En 1929 fue un

⁴ «Como habrá de informarle nuestro querido Eudocio [Ravines], a un activo trabajo de definición ideológica, en el que hemos hecho justicia resuelta de todas las fórmulas baratas y de todas las posiciones equívocas del confusionismo criollo, ha seguido —o acompañado— por nuestra parte una labor seria y constructiva de organización. El editorial del n.º 17 de *Amauta* fijó nuestra posición frente a la desviación aprista. El acuerdo de 7 de octubre de 1928, dio un carácter formal, creó el organismo realizador de nuestra orientación. De entonces a hoy, no hemos cesado de avanzar en esta labor, contra las dificultades a que nos condena la vigilante hostilidad policial y nuestra pobreza». Carta a César Vallejo, Lima, 14 de octubre de 1929. Archivo José Carlos Mariátegui. Fondo José Carlos Mariátegui. Sección Correspondencia. Serie Correspondencia Emitida.



actor clave para la conformación de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP).⁵

El ensayo *El problema del indio*

En el capítulo que reproducimos con este título en el presente número de *Nuestra Bandera*, como en el conjunto de la obra de José Carlos Mariátegui, se destacan tres aspectos fundamentales.

El primero, la caracterización de la cuestión indígena como un componente necesario en el análisis del desarrollo del capitalismo en Perú, que no debía analizarse de manera aislada para comprender su estrecha interrelación con el resto de los factores que lo condicionaban. En este sentido insistió en que, desde el pensamiento socialista marxista, se podía esclarecer y sacar a relucir lo que él consideraba su auténtica dimensión. Había que buscar sus causas en la estructura económica del país y no en las sucesivas formas del poder político, sus expresiones legales, o en unos presuntos caracteres innatos que no eran más que la manifestación de prejuicios racistas, tan habituales en los análisis tradicionales o en las visiones estereotipadas desde el extranjero. La cuestión indígena arrancaba de la forma en la que se había conformado la colonización española y de cómo estaba organizada la economía y la política peruana desde entonces.

En segundo lugar, un enfoque para la utilización del marxismo en Latinoamérica que partía de un esfuerzo creativo para aterrizarlo en su propia realidad, sin copias ni analogías apresuradas, con las claves específicas que era preciso desentrañar para que tuviera un arraigo real. Fue un empeño en positivo, la forma más natural de analizar una realidad propia, sin un impostado intelectualismo que se dejara arrastrar por las modas internacionales.

Por último, su clara orientación a la acción revolucionaria, práctica, vinculada a un proyecto político que no transigía con poses moralistas o esteticismos. Rechazó el populismo que aislaba Perú y América Latina de lo que estaba pasando en el mundo, con la misma fuerza que cualquier componenda con el poder oligárquico criollo, corrupto y sometido a los dictados imperialistas.

El planteamiento básico de José Carlos Mariátegui se centró en ligar el problema del indígena a la cuestión de la propiedad de la tierra, rompiendo con la manera como se había formulado hasta ese momento. Para ello llevó a cabo una exhaustiva revisión histórica y situó el origen del proceso de acaparamiento de tierras en la Conquista, violento expolio que no cesaría a pesar de todas las medidas de protección del indígena. La novedad del análisis no radicaba tanto en el señalamiento de las causas del proceso como en la afirmación

⁵ Del Prado, Jorge: *Cuatro facetas de la historia del PCP*, Ediciones Unidad, Lima, 1987, pp. 40-69.



de la inutilidad de las medidas una y otra vez reiteradas. El «Amauta», como le llamaban sus seguidores, no dejó de reconocer la intencionalidad de las Leyes de Indias y reivindicó la figura del padre Bartolomé de Las Casas, al igual que lo hizo con los próceres de la gesta de la emancipación hispanoamericana a inicios del siglo XIX, pero, al mismo tiempo, señalaba como la dinámica social de unos intereses privados dominantes había sido implacable para neutralizar el impacto real de los buenos propósitos. El periodo republicano posterior a la independencia fue escenario de la más acelerada expropiación y marginación, ya que, el reconocimiento jurídico en pie de igualdad del indígena como ciudadano y potencial propietario privado en la legislación, que superaba el tradicional paternalismo proteccionista, lo desarmó de hecho ante la avidez de los latifundistas cada vez más vinculados al mercado mundial.

El problema del gamonalismo (en España utilizaríamos la expresión caribeña de caciquismo, generalizado desde la crítica casi coetánea de Joaquín Costa, generaba un poder autónomo frente al que de nada servían las mejores leyes, las buenas voluntades ni las retóricas declaraciones de intenciones. Lo conformaba una oligarquía ligada al régimen centralizado de dominación política y que, por tanto, debía entenderse como un eslabón más del sistema y no ser rebajada a simples reminiscencias aisladas del pasado. El gamonalismo invalidaba inevitablemente toda norma de protección indígena. El gamonal, el hacendado, el latifundista, era una especie de señor feudal. Contra su autoridad, que se basaba en la fuerza de la costumbre y en los hábitos adquiridos de sumisión, era impotente la ley escrita. El trabajo gratuito estaba prohibido por la ley desde la Colonia y, sin embargo, era una realidad que sobrevivía de diferentes maneras en pleno siglo XX. Todas las figuras locales, «el juez, el subprefecto, el comisario, el maestro, el recaudador», estaban controladas de una u otra manera por la gran propiedad. La ley, de esta forma, no podía prevalecer contra los gamonales, que actuaban directamente a través del Gobierno, el parlamento o la judicatura. El funcionario que se obstinase en imponer la norma sería abandonado y sacrificado por el poder central, donde eran siempre omnipotentes las influencias del gamonalismo. Por todo ello, de nada servía un enfoque legalista o humanitario para abordar el problema del indio, error en el que una y otra vez se había recaído.

La libertad del análisis de Mariátegui se evidencia en la ausencia de un mimetismo teórico o historiográfico del pensamiento europeo. No es que renunciara a aprovechar las elaboraciones previas del marxismo o sus aprendizajes adquiridos en su largo viaje, que como ya he destacado fue decisivo en su evolución ideológica, lo que se refleja en su querencia por algunos autores y referentes europeos. Lo decisivo en su planteamiento fue la consciencia de las claves propias que requerían una reflexión apegada al terreno. En los ensayos se empeñó en ofrecer una interpretación centrada en las características del desarrollo o mejor dicho del subdesarrollo del capitalismo en Perú, muy



marcado por las supervivencias del feudalismo y la dependencia exterior. Las referencias al *mujik* y al *mir* ruso evidencian sus lecturas revolucionarias, pero no deforman el análisis de la propia realidad. Es un ensayo con un aparato crítico reducido, sin citas expresas a las obras clásicas del marxismo, ajeno a la pesada retórica de otros primeros intentos que partían de la traslación mecánica del manual de turno, pero desde una comprensión clara de lo que aportaba la teoría socialista para enmarcar adecuadamente la acción política en un entorno como el del Perú de los años veinte del pasado siglo. Solo señalo otro elemento clave de su pensamiento, su caracterización del antiimperialismo y las consecuencias estratégicas que acarrearía para la revolución socialista, que no abordo aquí al ser ajeno al capítulo sobre la cuestión indígena.

La originalidad del resultado salta a la vista y lo podrá comprobar el lector del breve texto de los 7 *ensayos* que he seleccionado. No se expresa solo por su objeto de análisis y la forma de su estilo, también se refleja en la conexión con lo que había sido el pensamiento crítico criollo, con la referencia destacada a Manuel González Prada, una figura difícil de comprender fuera del marco peruano, que tuvo una influencia perdurable y dio nombre a las universidades populares, uno de los puntos de encuentro de la intelectualidad progresista con el naciente movimiento obrero. El camino propio de Mariátegui, autodidacta en su formación general y también en su acercamiento al marxismo, se evidenciará asimismo en su obra posterior *En defensa del marxismo*, donde dio una gran relevancia a la figura y el pensamiento de Georges Sorel, ajeno al canon dominante en las teorizaciones de los nuevos partidos comunistas.⁶ Su interpretación rebasó en este punto lo local, peruano o latinoamericano, para ofrecer una visión de validez general. En este sentido, defendió en este último texto la función ética del socialismo frente a las exageraciones de algunos marxistas como Paul Lafargue, ya que su cometido no debía buscarse en «grandilocuentes decálogos, ni en especulaciones filosóficas, [...] sino en la creación de una moral de productores por el propio proceso de la lucha anticapitalista».⁷

Mariátegui, la Internacional Comunista y la cuestión indígena

La clara opción por la revolución de José Carlos Mariátegui, por la acción práctica, y la forma en la que la entendía para Perú, se refleja muy bien en la amplia primera nota de *El problema del indio*, donde reproduce literalmente el prólogo que había escrito para la obra de Luis Eduardo Valcárcel *Tempestad en los Andes*,

⁶ Sobre la sobrevaloración de Georges Sorel en Mariátegui: Paris, Robert: *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1981, pp. 132-134.

⁷ José Carlos Mariátegui: *Obras*, Casa de las Américas, La Habana, 1982, t. I, p. 151.



publicada en Minerva al mismo tiempo que su primer libro. Revolución, análisis cultural y crítica literaria están siempre entrelazados en la obra del pensador peruano. Veremos que el tono indigenista de este planteamiento y su atención a la literatura en *Amauta* no fueron compartidos por su compañero Cesar Falcón, como posteriormente comentaré.

En este texto Mariátegui rechazaba que el resurgimiento indígena pudiera venir de un proceso de occidentalización. Al contrario, había que respetar, comprender y aprovechar el potencial de su mentalidad. Para concienciar al indio se necesitaba un mito y este era sin duda la idea de la revolución socialista. La esperanza indígena, oculta en una aparente resignación entre estallidos de rebeldía repentinos, contenía un enorme espíritu revolucionario latente. Este no era un caso aislado en la evolución de los pueblos oprimidos del mundo. Ese mismo mito, esa misma idea, eran agentes decisivos en el despertar de «otras viejas razas en colapso» como los hindúes o los chinos. El marco de pensamiento autóctono del «Amauta» no le encerraba en una visión localista e identificaba con claridad como la historia universal tendía en ese momento «a regirse por el mismo cuadrante». Se preguntaba por qué iba a ser el pueblo incaico, que había construido el más desarrollado y armónico sistema comunista en el pasado, el único insensible a la conmoción que estaba atravesando el mundo. La idea profunda que daba sentido a la novela de Luis E. Valcárcel le llevaba a corroborar su propia experiencia personal. A pesar de la diversa formación intelectual y sus gustos tradicionalistas, el novelista conducía políticamente su indigenismo hacia el socialismo, en especial con esa afirmación de que «el proletariado indígena espera su Lenin».

El énfasis en la interpretación realizada en *El problema del indio* por integrar la cuestión indígena en una perspectiva general del desarrollo del capitalismo en Perú, tenía su correlato en el convencimiento de que la construcción de una fuerza revolucionaria, empeño que dio sentido a toda su obra, debía establecer puentes entre las distintas realidades del país, máxime ante el tradicional centralismo limeño y la realidad insoslayable del mayor desarrollo del movimiento obrero donde se concentraba el incipiente proceso de industrialización. En este punto, no podemos dejar de mencionar el debate de la relación de José Carlos Mariátegui con la Internacional Comunista, en el momento de su implantación en Latinoamérica. El trasfondo lo constituía el proceso que encabezaba de organización de una fuerza revolucionaria en Perú. La polémica generada, que a mi juicio exageró el distanciamiento del pensamiento del dirigente peruano frente a un supuesto uniformismo dogmático, estaba atravesada por la utilización de su figura en debates políticos de los años setenta, legítimos sin duda, pero muy alejados de la intencionalidad del autor de los 7 ensayos. Creo que es esencial en este sentido centrarse en la coyuntura política de finales de los años veinte del siglo pasado, en el momento de conformación del movimiento comunista en el hemisferio, con las especiales características



que tenía en Latinoamérica al carecer de un legado organizativo similar al europeo, con un debate muy abierto en muchos aspectos, en especial sobre la diversidad étnica del continente.

Según el historiador y dirigente político peruano Alberto Flores Galindo, a pesar de que, cuando José Carlos Mariátegui estuvo en Europa, asistió a la fundación del PCI y trabó amistad con intelectuales comunistas en Francia como Henri Barbusse y el grupo *Clarté*, nunca había llegado a establecer una vinculación con la IC ni viajó a Rusia. Aunque el «Amauta» y otros peruanos como César Falcón, en opinión del autor de *La agonía de Mariátegui*, adquirieron su compromiso de construir el partido en Perú, en junio de 1927 continuaba su gestación al margen de la Internacional.⁸ Estos son unos hechos inequívocos, a los que ya he hecho referencia, pero que en ningún momento devalúan la clara identificación del conjunto de la obra y la acción de Mariátegui en sus años finales con las posiciones que representaba la IC, aunque estas no fueran muy definidas en ese momento, sobre todo para el mundo latinoamericano. A mi juicio, es un enfoque que parte de la construcción del movimiento comunista desde una visión en exceso vinculada a los emisarios de Moscú.

Sin dejar de reconocer la impronta de un movimiento centralizado en el país de la Revolución de Octubre, en la coordinación efectiva y en el imaginario de sus protagonistas, en definitiva, un partido internacional con secciones y una rígida disciplina, el proceso de construcción de los diferentes partidos fue mucho más complejo y con características autóctonas. La teoría conspiratoria de una fuerza secreta internacional importada, cultivada por las fuentes policiales y los críticos vinculados a los regímenes que temían que peligrase su estabilidad, no puede ocultar las raíces propias en el proceso de radicalización de dirigentes obreros, intelectuales y sectores defraudados con los anteriores movimientos progresistas, que buscaron inspiración en la lejana Rusia.

El debate de Buenos Aires

Como destacó Jorge del Prado en una conferencia sobre un proceso que vivió en primera persona, el impacto de la Revolución de Octubre generó procesos de definición y organización muy diversos, tanto en América Latina como en Perú. Cuando se celebró en Montevideo la reunión sindical promovida por la Internacional Sindical Roja y en Buenos Aires la primera conferencia comunista latinoamericana de la IC, en junio de 1929, era todavía muy grande el camino

⁸ Flores Galindo, Alberto: *La agonía de Mariátegui*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2021, pp. 59-60. Esta edición conmemorativa a los cuarenta años de su aparición tiene el interés añadido de reunir con la obra original un conjunto de intervenciones sobre la polémica que generó, muy útiles para comprender las distintas opiniones, matices y puntos de vista.



a recorrer. A ambas citas asistieron delegaciones peruanas. La primera en representación de la CGTP, que se había fundado poco antes, la segunda compuesta por representantes del comité que estaba organizando el partido. En la conferencia de la IC se aportaron dos documentos elaborados por Mariátegui. El primero, *Punto de vista antiimperialista*, sobre el encaje del continente en las relaciones internacionales y sus consecuencias estratégicas; y el segundo, sobre el problema de las discriminaciones raciales y nacionales, titulado *El problema de las razas*.⁹ No podía ser de otra forma que, en un primer encuentro de este tipo y con procesos de organización política que habían surgido de manera en gran medida espontánea en los distintos países, hubiera debates, desencuentros y dudas, pero las actas y toda la documentación fueron publicadas en órganos oficiales de la IC, y sus referencias básicas, como se puede comprobar al leerlas, tienen que ver con su proceso de implantación política en Latinoamérica. Quedaron muchas cuestiones abiertas.¹⁰ Formular una crítica a base caricaturas tiene resultados siempre perniciosos.

En las memorias de Jules Humbert-Droz se encuentran referencias interesantes en este último sentido, aunque se eche en falta un mayor detalle de los debates. El valor de este testimonio radica, entre otras cosas, en que reprodujera la correspondencia con su esposa en esos mismos días, de mucho interés porque no es una información mediatizada por el paso del tiempo. En primer lugar, pone en evidencia la relación de Humbert-Droz con Vittorio Codovilla, al que define como estalinista frente a él que era partidario de Bujarin, en ese momento en el declive de su influencia en la máxima dirección de la IC. Por lo tanto, no había uniformidad en la delegación ni, como se verá, consignas predefinidas en los criterios generales que cada uno defendería. El dirigente suizo destacaba en sus cartas el contraste de sus vivencias en América Latina, donde el ambiente de trabajo entre los delegados de la IC era fraternal, a diferencia de las insidias y confrontaciones vividas en Europa. Buena prueba de ello lo ofrece como el conjunto de los delegados de la IC apoyó de manera



⁹ Del Prado, Jorge: *Cuatro facetas de la historia del PCP*, pp. 62-64. Las dos obras a las que hace referencia se pueden consultar en *José Carlos Mariátegui: Obras*, Casa de las Américas, La Habana, 1982, t. II, pp. 165-186 y p. 193.

¹⁰ Las resoluciones y tesis fueron editadas por la revista de Buenos Aires *La Correspondencia Sudamericana*, en su número 15, agosto de 1929, y los debates en un libro aparte por la misma revista, con el título *El movimiento revolucionario latinoamericano*. La intervención de Saco, pseudónimo del médico Hugo Pesce, el mismo que años más tarde coincidiría con Ernesto Guevara en la leprosería de la Amazonía donde realizaba sus investigaciones, que acudía en representación del partido peruano, es muy clara al respecto: «La tarea de nuestro Congreso, por lo que a este punto se refiere, consiste en estudiar objetivamente la realidad y enfocar, según los métodos marxistas, los problemas que ella encierra, para poder llegar a su solución revolucionaria a través de una táctica clara y eficiente, establecida para este caso particular de acuerdo con la línea general de la Internacional Comunista», p. 263.

unánime a Vittorio Codovilla ante la directriz del secretariado de que se mantuviera alejado de la conferencia de Montevideo, lo que el italoargentino consideró una falta de confianza que le obligaba a dimitir de sus responsabilidades. Humbert-Droz, muy crítico siempre en sus comunicaciones con la deriva que le llevaría a ser marginado de la dirección de la IC, alabó el ambiente de la reunión sindical de Montevideo, que calificaba de «excelente», con un conjunto de militantes empeñados en estudiar y formarse para llegar a ser comunistas. Expresó la misma consideración positiva y entusiasmada en su correspondencia con la composición del congreso comunista de Buenos Aires, a excepción de la delegación mexicana, sin llegar a explicitar las razones de esta última consideración. Se confesó a su mujer apasionado por la cantidad de informaciones concretas sobre la vida en las distintas naciones latinoamericanas en un contexto tan distinto al europeo, un terreno que consideraba arduo para trabajar sin duda, pero con unas enormes posibilidades de desarrollo.¹¹

Las actas de los debates realizados en estas reuniones sobre la cuestión de las razas en América Latina reflejan bien su interés y carácter abierto, sin una solución final. Tras una primera exposición de Hugo Pesce a partir del texto preparado por José Carlos Mariátegui, el representante de la Internacional Juvenil Comunista, Peters, pseudónimo de un soviético dirigente del Komso-mol, la juventud comunista de la URSS, opinó que, a su juicio, se confundía la cuestión de razas con la cuestión nacional, lo que generaba una distorsión en el debate que mantenían. No solo porque la raza y la nación no coincidieran, ya que había naciones constituidas por diferentes razas y naciones formadas por una sola raza, sino porque también eso podía llevar a errores en la táctica a seguir. En opinión del representante de la IC, al plantear el problema de los indios era preciso evitar considerarlo desde un enfoque cultural o racial, como lo hacían los que calificaba como «defensores pequeñoburgueses de la raza indígena». En este sentido coincidía plenamente con Mariátegui y «los camaradas del Perú», que, con mucha razón, habían reaccionado contra esta concepción idealista y pequeñoburguesa al señalar que la base agraria de clase era el punto esencial del problema. Pero en el empeño de criticar esas concepciones, a su juicio, podrían haber caído los peruanos en el error contrario: negar el componente nacional a la lucha de los indígenas. Como se ve, por parte de la IC se planteaba de forma directa el carácter nacional de los pueblos indígenas y la composición plurinacional de muchos Estados latinoamericanos, un debate que tardaría muchos años en abrirse camino entre el conjunto de la izquierda latinoamericana.

Según Peters, el primer enfoque había sido recogido con claridad en el texto de Mariátegui sometido a discusión. Hasta ahí de acuerdo. Para

¹¹ Humbert-Droz, Jules: *Mémoires: De Lénine à Staline. Dix ans au service de l'Internationale Communiste, 1921-1931*, La Baconnière, Neuchâtel, 1971, t. II, pp. 388-394.



completar el marco había que añadir la perspectiva nacional. Para ello citaba a Lenin cuando señalaba que cada cuestión nacional era en un 90 por ciento un problema agrario, ya que la lucha de los pueblos atrasados en el contexto del desarrollo capitalista a escala planetaria, en países con una producción agraria predominante y con grandes masas campesinas, era la lucha contra las metrópolis imperialistas. En definitiva, la cuestión de la tierra constituía el eje principal de cada cuestión nacional. Pero reducir la cuestión nacional a una perspectiva de clase, a la cuestión agraria, significaría olvidar las condiciones históricas de la lucha contra los conquistadores coloniales o neocoloniales. Todo ello conllevaba como consecuencia, para los revolucionarios marxistas, la necesidad de proclamar, al lado de las reivindicaciones de clase, la consigna del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. La autodeterminación de los pueblos, incluyendo la independencia como uno de los posibles resultados de su ejercicio.

Según la opinión del delegado de la IC, la confusión de algunos de sus camaradas peruanos sobre el contenido nacional del problema indígena en el país andino los conducía a estar contra esta consigna. La defensa de esta reivindicación por los partidos comunistas, allí donde existieran masas compactas de indígenas ligadas a la cuestión de la tierra, daría a la lucha de estos el aspecto de una lucha nacional. En este sentido, los casos de Bolivia y Perú eran característicos. En el fondo, sospechaba Peters, la objeción del Hugo Pesce reflejaba inconscientemente el espíritu chauvinista de los blancos del Perú, que no aceptaban la idea de Perú sin indios. La crítica del representante soviético era injusta, pero apuntaba una realidad compleja que tardó mucho en ser afrontada por los movimientos de izquierda en América Latina.

Según el dirigente del Komsomol, la negación de la consigna del derecho de autodeterminación podía provocar en América Latina un espíritu estatista que trajera como consecuencia un fetichismo de las fronteras que existían en ese momento entre los países latinoamericanos. Un pecado que Peters veía más en Hugo Pesce que en otros de sus camaradas, en referencia al debate que habían mantenido con anterioridad, con posiciones confrontadas ante el arreglo de las cuestiones pendientes de la guerra del Pacífico. De una manera tajante defendió que era necesario comprender con claridad que las fronteras no eran en ese momento nacionales en la mayoría de los casos y que, Perú, por ejemplo, no era una nación. Siguiendo la concepción marxista soviética, en la que había tenido Stalin un papel destacado en su elaboración como responsable de las nacionalidades, defendía que las naciones se formaban con el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción. Este proceso de conformación, en países como Perú y Bolivia, no solo no estaba terminado, sino que en su opinión no llegaría a realizarse, ya que preveía que la futura revolución victoriosa borraría las fronteras actuales al crear una federación de repúblicas obreras y campesinas sobre una nueva base.



Esta última era una perspectiva que podrían compartir muchos intelectuales progresistas de América Latina; pensemos en los proyectos de Simón Bolívar, José Martí o, en una clave diferente, la articulación del APRA de Haya de la Torre. Pero el delegado de la IC iba mucho más allá de la proclamación de la unidad latinoamericana, ya que no excluía que, en el proceso de la revolución, como consecuencia de levantamientos simultáneos de los pueblos indígenas de diversos países, se conformaran repúblicas propias de las etnias en presencia. En todo caso, en el plano de la formulación política, los partidos revolucionarios debían proclamar con energía el derecho de los pueblos indígenas a la autodeterminación.

La formulación era tajante y condenaba a los activistas de América Latina presentes en la reunión a una perspectiva de difícil concreción dada la fuerza de la ideología nacionalista en la mayoría de los países, lo que podría conllevar un planteamiento de este tipo. Aunque la forma de abordar el debate careció, sin duda, de la prudencia necesaria de alguien que aterrizaba desde otro planeta (una forma de abordar las cuestiones muy típica de los delegados de la IC, con analogías demasiado forzadas, como por ejemplo cuando se planteó en España al joven PCE participar en la pantomima de elecciones organizadas por Miguel Primo de Rivera en España a partir de la experiencia bolchevique en las dumas zaristas), la insistencia del soviético tenía la virtud de visibilizar el racismo dominante en América Latina, una realidad que les costaba reconocer a los dirigentes de los partidos que estaban consolidándose, como se señaló en el debate en referencia a anteriores encuentros.

A pesar de todo, Peters no cerró el debate y reconoció la riqueza de la discusión que habían mantenido, señalando lo poco que sabían todavía del problema indígena, tan capital para América Latina. Agradeció, aun con las diferencias manifestadas, el esfuerzo de comprensión llevado a cabo por los peruanos y, en especial, al «camarada Mariátegui» por profundizar en una cuestión en la que debían seguir estudiando. Aunque cerró su intervención insistiendo en que, para que este estudio y debate abierto se orientara bien en el futuro, era indispensable partir de que el problema de los indios era una cuestión nacional y no solamente agraria, al menos en aquellos países donde tuviera mayor repercusión, por lo que, sin dilación, se debía ligar esta cuestión con la consigna de la autodeterminación de los pueblos.¹²

La autoridad del representante soviético y la contundencia de sus afirmaciones no intimidaron a Hugo Pesce, que era el encargado en la reunión de hacer el cierre de la discusión en este punto. El peruano constató en sus palabras finales la existencia de puntos de vista diferentes, aunque la divergencia y la variedad de aportes les había permitido a los asistentes conocer muchos datos importantes expuestos por los delegados de los diferentes países de América

¹² *El movimiento revolucionario latinoamericano*, pp. 297-300.



Latina, que contribuirían valiosamente al conocimiento y solución del problema. En contestación a Peters, reconoció precisamente que el objeto de su exposición, al tratar este punto, era separar netamente el factor racial del factor nacional, pero negaba la interpretación de su posición como si se opusiera a contemplar el aspecto de la lucha de clases. Sí quería separar, tal y como era la posición común que traían a la reunión los peruanos, el concepto racial del concepto nacional, negando la importancia en ese momento de este último. El carácter de nación de una colectividad era contingente y estaba condicionado por la concurrencia, en distinta medida, de una serie de elementos cuya agregación y suma tenía un valor temporal; factores geográficos, étnicos, idiomáticos, religiosos, histórico-políticos y hasta climáticos; mientras que el concepto de raza era considerablemente más simple y puro, estaba menos condicionado. Concluía afirmando con rotundidad que el problema racial indio no era necesariamente un problema nacional.¹⁵ Tener en cuenta estos debates a la hora de leer *El problema del indio*, cuyo texto ofrecemos a continuación, permitirá comprender mejor la relevancia y actualidad de los planteamientos de Mariátegui.



José Carlos Mariátegui y César Falcón

Dedicar al pensador marxista latinoamericano esta sección de «A vueltas con los clásicos» de *Nuestra Bandera* ofrece también la oportunidad de detenerse en la figura de César Falcón, amigo, compañero generacional y correligionario político de José Carlos Mariátegui. Ambos compartieron sus primeros pasos en el periodismo limeño, un exilio voluntario a Europa y una temprana vocación revolucionaria, aunque sus trayectorias posteriores, marcadas por contextos nacionales y culturales distintos, acabarían divergiendo de manera significativa. A diferencia de Mariátegui, que regresó al Perú para emprender desde allí su proyecto político e intelectual, Falcón se estableció en España.

Su adaptación fue rápida y exitosa. Se abrió camino en el periodismo madrileño con notable reconocimiento, como reflejan los elogios que le dedicó el pedagogo y periodista Luis Bello en *El Sol*, diario en el que ambos colaboraban. Bello lo consideraba un compañero en el mundo de las letras y subrayaba su inserción en un clima de intensa cooperación entre escritores hispanoamericanos y españoles. No obstante, este proceso tuvo lugar en un contexto adverso, el inicio de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, que encontró precisamente en el ámbito intelectual una de las resistencias más firmes y, en consecuencia, donde se ejercitó una represión más enconada. Luis Bello consideraba, con exageración, el destino en Inglaterra como corresponsal de César Falcón como un segundo exilio. Lo que sí fue una cruda realidad fue el hostigamiento como

¹⁵ *El movimiento revolucionario latinoamericano*, p. 313.

consecuencia de su labor profesional. El artículo era un testimonio de solidaridad en el momento del ataque sufrido en la redacción del semanario que publicaba su colega peruano, *Nosotros*, cometido por grupos de la extrema derecha en el cénit de la tensión política durante el régimen de Dámaso Berenguer.¹⁴

Falcón echó raíces en España y se vinculó estrechamente a la vida política y cultural del país. Estableció una relación de pareja con Irene Lewi Rodríguez, que adoptaría el apellido Falcón al contraer matrimonio en el Reino Unido. Con este nombre fue conocida al desempeñar posteriormente un papel destacado en la dirección del PCE y como asistente política de Dolores Ibárruri, Pasionaria, a pesar de separarse a mediados de los años treinta. César Falcón permaneció en España hasta el final de la Guerra Civil. Durante este último periodo fue uno de los principales redactores de *Mundo Obrero* y un organizador clave de *Altavoz del Frente*. Irene Falcón recordaría años más tarde, en unas memorias que deben leerse con la cautela propia de una reconstrucción tardía, que antes del regreso definitivo de Mariátegui al Perú, él y su marido se reunieron en Italia y se comprometieron a una acción política conjunta, episodio que remite al encuentro de Génova de 1923 y que, en ocasiones, ha sido interpretado de forma anacrónica como una fundación temprana del Partido Comunista Peruano.¹⁵

La realidad es que Falcón no se vinculó con el movimiento comunista hasta muchos años más tarde. Un artículo publicado por César Falcón en *El*

¹⁴ *El Sol*, Madrid, año XIV, núm. 4.062, martes 19 de agosto de 1930, p. 1. Luis Bello ofreció en el artículo una interesante visión de la literatura hispanoamericana contemporánea, pertinente para el objeto de esta presentación por su referencia a como se captaba desde la crítica literaria la realidad de los indígenas americanos y las obras de su amigo: «César Falcón, al escribir su libro *El pueblo sin Dios*, trajo la vida mísera de los Andes al nivel de nuestras estepas. En las páginas de ese libro, dentro del más vivo color local, hemos visto tantos rasgos patrios que muchas veces vacilábamos en decir si era suramericano o español. Por encima de las fronteras hay desde luego analogías y diferencias por las que pueden ser clasificados juntamente escritores de las más diversas cunas. Imposible no ver correspondencia entre las páginas de Azuela, por ejemplo, en *Los de abajo*, romance bárbaro de las muchedumbres mejicanas y las del boliviano Alcides Arguedas en *Pueblo enfermo*. Sin embargo, el uno es novela; el otro, estudio social. Entra en clasificación por el ánimo que los inspira, como parte de una literatura que llamaríamos populista si no hubieran descalificado ya tal nombre tres o cuatro naciones europeas. En el amor al pueblo y en el deseo vehemente de sacarlo de su situación inferior, está inspirado también *El pueblo sin Dios*, de Falcón. Una terrible circunstancia racial hace que el pueblo para Azuela, como para Alcides Arguedas y para Falcón, sea en gran parte pueblo de indios. Hay la misma emoción y el mismo deseo de tender la mano al que puede ser nuestro igual en el libro de Barrett *El terror argentino*, aunque aquí un espíritu aristócrata, de distinta raza, enjuicie desde fuera. Pero toda esta valiosa literatura, caldeada de amor humano, y por lo tanto traspasada de dolor, tiene puntos comunes entre sí, y lugar adecuado dentro de la gran historia que escribirá algún día el genio comprensivo de las aventuras españolas».

¹⁵ Falcón, Irene: *Asalto a los cielos: Mi vida junto a Pasionaria*, Temas de Hoy, Madrid-1996, pp. 49-50 y 120-1. Flores Galindo, Alberto: *La agonía de Mariátegui*, p. 60.



Liberal de Madrid, en marzo de 1921, es revelador a este respecto. En «Un poco de bolchevismo» analizaba el impacto de la Revolución de Octubre comparándolo con los primeros tiempos del cristianismo, un fenómeno que polarizaba a los hombres entre la adhesión apasionada y el rechazo visceral. Falcón se distanciaba tanto de la caricatura anticomunista como de las posiciones intermedias, que despreciaba. Se refería a «los socialistas de Viena», la conocida como Internacional Dos y Media, que representó por poco tiempo una vía diferenciada entre la Segunda Internacional y la Comintern. Como conclusión observaba con agudeza cómo incluso figuras insospechables del liberalismo europeo, como Lloyd George, primer ministro británico, se veían obligadas a reconocer la capacidad política de los dirigentes soviéticos. El texto no expresa todavía una adhesión plena al comunismo, pero sí un radicalismo crítico ajeno a las medias tintas y a la histeria antibolchevique dominante.¹⁶ Cesar Falcón mantuvo esta actitud durante años. Todavía en 1930, ya trabajando en el semanario *Nosotros*, Falcón utilizaba un lenguaje y unos puntos de vista muy alejados del tono de la prensa comunista oficial. En todo caso, lo que me interesa destacar en relación a esta presentación de *El problema del indio*, es que, a partir del regreso de Mariátegui al Perú, comenzaron a aflorar diferencias profundas entre ambos que se manifestaron con especial claridad en su correspondencia privada. Estas divergencias no fueron menores ni circunstanciales, afectaban a la concepción de la identidad latinoamericana, al valor del indigenismo, a la relación con escritores como Luis E. Valcárcel y, en última instancia, a la relación entre política y cultura.¹⁷

En una carta escrita desde Londres en julio de 1926, Falcón desarrolló una visión fuertemente polémica de la identidad americana. Al exponer sus puntos de vista sobre la política peruana y sobre la doctrina de «nuestro grupo o partido», cargaba con el concepto de generación, que se había generalizado en todos los países hispánicos. No le gustaba nada, ya que daba a entender que ellos constituían un grupo de hombres completamente escindidos de sus antecesores, como si hubieran nacido «como los hongos y no recibieran de sus mayores la vida, el corazón y casi toda el alma». Falcón consideraba como uno de los defectos más habituales en los intelectuales latinoamericanos la ingenuidad. La detectaba en la correspondencia que recibía de España y América. Encontraba que se contradecía con un mundo que se había librado de todas las «armazones artificiosas de la mente» en una época de libertad. En su opinión nadie creía en la política ideológica ni en las ideas importadas. Como todo el

¹⁶ *El Liberal*, Madrid, jueves 31 de marzo de 1921, p. 1.

¹⁷ Martínez Riaza, Ascensión: *¡Por la República! La apuesta política y cultural del peruano César Falcón en España, 1919-1939*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima-2004, p. 149. Este libro es muy interesante por la recopilación de artículo que recoge de César Falcón en los diferentes medios donde trabajó, lo que permite hacer un seguimiento de su evolución política.



mundo tenía por delante y desnudo el problema de la vida, las doctrinas no servían para nada. Ellos debían hacer lo mismo, echar fuera las doctrinas tomadas «en dos o tres libritos mediocres» y enfrentar resueltamente la situación de sus países. Había que ver la realidad «sin cristales de colores», a la simple luz del sol, lo primero era «vernos a nosotros». Hasta aquí un reclamo de autonomía intelectual que encajaba bien con los planteamientos de su amigo, pero a partir de este punto desató una crítica sorprendente.

Para él, América Latina no era sino el resultado de la fragmentación de un gran imperio derrotado, repartido en zonas de influencia por nuevas potencias. Su preocupación central era la unidad latinoamericana, entendida desde una nacionalidad hispánica común. Desde esta perspectiva, negaba la posibilidad de una civilización distinta de la hispánica en el continente y calificaba el incaísmo o el indianismo como *formas de barbarie*, no como expresiones de identidad alternativas que se pudieran emplear eficazmente. Los indígenas actuales del Perú aparecían en su análisis como una raza primitiva en proceso de asimilación, destinada a integrarse plenamente en la civilización hispánica o, en su defecto, en la anglosajona.¹⁸

Estas afirmaciones, formuladas en un ámbito privado, pero con un tono inequívoco, contrastaban de manera frontal con la posición de Mariátegui. La distancia se hizo aún más evidente tras la aparición del primer número de *Amauta*. César Falcón escribió en el primer número de la revista,¹⁹ pero, lógicamente, al encontrarse en Europa no pudo participar en su planificación y diseño. Mariátegui le pidió opinión y, aunque fue favorable en términos generales, expresó una crítica contundente que concordaba con el contenido de la carta remitida dos meses antes. Falcón criticó el carácter «excesivamente literario» de la revista y, sobre todo, su orientación indigenista. Su rechazo al artículo de Luis E. Valcárcel fue especialmente duro, llegando a descalificarlo como «una expresión de ignorancia y necesidad». Para Falcón, hablar del incaísmo como de una civilización susceptible de resurgimiento histórico era un error infantil; entre la cultura occidental y el mundo quechua mediaban, a su juicio, siglos de progreso humano insalvables.²⁰

Estas posiciones, con consideraciones hoy abiertamente inaceptables, no pueden despacharse como simples excesos retóricos. Expresaban una incompreensión profunda de la realidad indígena y de su potencial político y ayudan

¹⁸ Carta de César Falcón, Londres, 28 de julio de 1926. Archivo José Carlos Mariátegui. Fondo José Carlos Mariátegui. Sección Correspondencia. Serie Correspondencia Recibida.

¹⁹ Martínez Rianza, Ascensión: *iPor la República!*, pp. 140-4. El artículo se tituló: «La dictadura española: Marañón, Asúa y la monarquía», en el que interpretaba el sentido del régimen de Miguel Primo de Rivera y reivindicaba a los intelectuales españoles represaliados.

²⁰ Carta de César Falcón, Londres, 27 de octubre de 1926. Archivo José Carlos Mariátegui. Fondo José Carlos Mariátegui. Sección Correspondencia. Serie Correspondencia Recibida.



quizás a comprender tanto los debates que atravesaron los inicios de la Internacional Comunista en América Latina como la singularidad del pensamiento de Mariátegui. En contraposición a la tentación asimilacionista y eurocéntrica que se desprende de los textos de Falcón, Mariátegui elaboró una interpretación original que vinculaba la cuestión indígena con la estructura económica, la lucha de clases y el horizonte socialista. No he encontrado una respuesta del «Amauta» a estas cartas, aunque es probable que ni siquiera se tomara la molestia de contestarlas.

Cesar y Lidia Falcón se encontraron entre los fundadores en España del partido Izquierda Revolucionaria y Antiimperialista (IRYA), que aglutinaba a un sector republicano radicalizado tras la dictadura de Primo de Rivera. Aunque en un primer momento alejados de los comunistas, la mayoría de los integrantes de este grupo negoció su incorporación al PCE en 1933, proceso en el que curiosamente uno de los asistentes al debate de Buenos Aires, Vittorio Codovilla, jugó un papel destacado.²¹ Sin embargo, las posiciones expresadas por Falcón en su correspondencia con Mariátegui habrían sido inconcebibles en los debates de la Internacional Comunista a finales de los años veinte. Precisamente por ello, el contraste entre ambos refuerza el valor del pensamiento del «Amauta» y permite apreciar con mayor nitidez el valor teórico y político de *El problema del indio*.²²



Leer a Mariátegui

Reivindicar hoy la obra de José Carlos Mariátegui no responde a un ejercicio de conmemoración formal ni a un interés estrictamente historiográfico. Su vigencia se expresa en el terreno de la acción política. Textos como *El problema del indio* o el resto de los 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana* siguen siendo una herramienta de formación y aprendizaje indispensables para cualquier militante comunista, no por sus conclusiones literales, que pueden resultar muy alejadas en otras latitudes, sino por la forma de abordar los análisis y aplicar el marxismo. Es un enfoque que se sitúa en una clara línea de continuidad directa con el leninismo y su énfasis en el estudio de la realidad concreta, sin dogmatismos, con la revolución como horizonte.

Además de subrayar la relevancia de José Carlos Mariátegui como aporte del marxismo latinoamericano, esta presentación concluye con el recuerdo de

²¹ Falcón, Irene: *Asalto a los cielos: Mi vida junto a Pasionaria*, Temas de Hoy, Madrid, 1996, pp. 144-145.

²² El texto que presento reproduce el de la segunda edición publicada por Minerva, cotejada con la más reciente de la comisión del bicentenario de Perú (Revuelta Editores, Lima, 2021). He modernizado ligeramente la ortografía y la puntuación, añadiendo algunas notas aclaratorias pensadas para el lector español.

varios militantes peruanos que aportaron al desarrollo del Partido Comunista de España. César Falcón, por ejemplo, escribió una obra dedicada a la resistencia de Madrid que, como señaló Antonio Buero Vallejo en su prólogo, conectaba profundamente con el espíritu popular de resistencia de la ciudad, que vivió y sufrió en primera persona. No fue el único. Otro comunista peruano, César Vallejo, afiliado al PCE en 1932 durante su estancia en Madrid, escribió *España, aparta de mí este cáliz*, uno de los poemarios más sinceros y conmovedores surgidos de la Guerra Civil, escrito poco antes de su muerte. Leer a Mariátegui es el mejor y más productivo homenaje que podemos hacer en su memoria. ★

